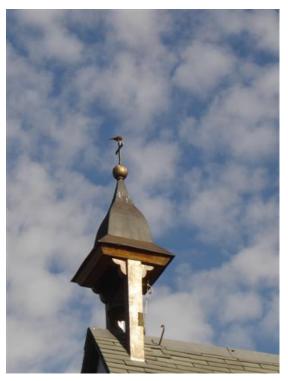
Ciclo C

Buscad los bienes de arriba



Domingo 18 del tiempo ordinario **Lucas 12, 13-21:** *Lo que has acumulado, ¿de quién será?*

En aquel tiempo, dijo uno de la gente a Jesús: Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo. Él le respondió: ¡Hombre! ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros? Y les dijo: Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes. Les dijo una parábola: Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: "¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?" Y dijo: "Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea." Pero

Dios le dijo: "¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?" Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios.

Reflexión

1. Las lecturas de hoy contraponen los bienes de arriba a los bienes de abajo, las riquezas de Dios y las riquezas del mundo. Por eso la exhortación de San Pablo en la segunda lectura, Colosenses 3, 1-5. 9-11: "Buscad los bienes de arriba".

Buscar los bienes de arriba – significa: buscar, ante todo, a Dios. Es el último sentido de nuestra vida humana: volver a Dios, ir hacia el Padre.

2. Pues ¿dónde está nuestra patria? La segunda lectura de hoy nos da la respuesta, está en el cielo, en la Casa del Padre, está en el Corazón de Dios. Dios - Padre nos ha enviado, sólo por un tiempo breve, a esta tierra. Somos peregrinos extranjeros en este mundo, y los pocos años que pasamos aquí abajo, son años vividos en tierra extraña.

No hay nada puramente terreno que puede llenar y saciar nuestro corazón. Nuestro anhelo es demasiado grande para este mundo. Dios Padre es nuestro hogar. Todo lo demás es demasiado pequeño para nosotros. Nuestra hambre de felicidad solamente será saciada en Dios y junto a Él – en lo más profundo – el corazón humano. Sin Él permanecerá eternamente insatisfecho.

Padre Nicolás Schwizer Instituto de los Padres de Schoenstatt

Dios es siempre la meta suprema de nuestra vida peregrina. Esto no implica que tengamos que separarnos de todo lo que nos rodea. Todo lo que es de Dios, lo llevamos al corazón del Padre. Busquemos a Dios, hallemos a Dios, amemos a Dios en todas partes.

- 3. Porque todos los bienes terrenos no tienen sólo un valor propio sino también un valor simbólico. Los bienes de este mundo son así como una huella, un indicio de Dios: quieren recordarnos a Dios, despertar nuestro amor a Dios, conducirnos a Dios. Por eso San Agustín los denomina un saludo de Dios y San Bonaventura habla de un dedo de Dios. De tal manera la creación quiere conducir y volvernos a nuestro creador.
- 4. Pero es muy difícil usar convenientemente de los bienes, sobre todo del dinero. Por eso Jesús habla duramente sobre la riqueza: "Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios" (Lc 18, 25). Pero no es jamás el dinero o la riqueza como tal, sino su abuso lo que es condenado por Jesús. Siempre está el gran peligro que el hombre se haga esclavo de sus propios bienes y no su dueño.

Además, la riqueza frecuentemente no acerca al hombre a Dios, sino que lo aparta de Él: El rico cree que puede prescindir de Dios. Pone toda su confianza en sus bienes. Corta todas sus relaciones con la divina Providencia. Cree que sus riquezas le permiten dejar a Dios. Espera seguir adelante él solo, por sus propios medios, sin tener que recurrir a Dios.

5. Entonces, ¿cuál debe ser nuestra actitud frente a los bienes terrenos?

Tenemos que ser libres de toda esclavitud interior, de toda atadura incontrolada a los bienes y riquezas terrenas. La codicia es expresión de nuestro egoísmo, que está muy dentro de nosotros, y contra el cual tenemos que luchar durante toda nuestra vida.

Dios por lo general no exige renunciar al dinero y a los bienes materiales. Lo que pide es que se pongan al servicio de los demás. El que tiene bienes materiales debe saber que la verdadera riqueza no es la que posee, sino lo que da a sus hermanos necesitados. El rico será siempre más feliz dando que recibiendo, y dando de sus riquezas experimentará la generosidad de Dios.

6. "Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra", nos recuerda el evangelio de hoy, porque las supremas riquezas no son las cosas de este mundo, sino los dones del Reino de Dios.

Queridos hermanos, juntemos, por eso, bienes espirituales, y tratemos de ser ricos ante Dios. Sólo así podremos evitar el destino del hombre necio del evangelio de hoy: tener que dejar todos los bienes acumulados y aparecer ante Dios con las manos vacías.

¡Qué así sea! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

> Padre Nicolás Schwizer Instituto de los Padres de Schoenstatt